

EL ARGENTINO MIGUEL CANÉ UN AMIGO DE COLOMBIA

I

Miguel Cané no es ciertamente un autor olvidado dentro de las letras argentinas. Por el contrario, suele figurar en un decoroso segundo plano, empinado sobre todo en su difundida creación *Juvenilia*, obra que, entre otros méritos, aún sigue manteniendo su carácter de “libro popular”, por encima de las exigencias puramente escolares.

Lo restante de su obra, menos visible, aparece subrayado por un carácter un tanto heterogéneo, con predominio del aire ensayístico (no casualmente su primer título bibliográfico se denomina *Ensayos*, de 1877), notas críticas, crónicas de viajes, varios cuentos (en general olvidables) y la traducción de *Enrique IV*, de Shakespeare.

En otro nivel, se recuerda algunas veces su labor política, su actividad diplomática, bastante extendida, y el hecho, trascendente en la enseñanza superior argentina, de haber sido el primer Decano de la naciente Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

¿Qué más? En su sentido más directo, y como testimonio generacional, la obligada mención de Cané como hombre típico de la que llamamos “Generación del 80”, que respalda la apelación a sus párrafos, cuando se estudia en particular este momento típico de las letras argentinas.

En conjunto, pues, la personalidad de Miguel Cané, si bien tiene cierta significación, no suele trascender lo puramente nacional, y su nombre no figura, es evidente, cuando se enumeran los autores “representativos” de nuestra literatura.

Con esto, también quiero decir que no veo injusticia, ni mucho menos, en esta ubicación corriente de Cané, aunque

sí puedo agregar que, según mi entender (y algo pretendo mostrar en estos párrafos), su obra ofrece una mayor riqueza de la que comúnmente se le atribuye, aunque lo sigamos recordando especialmente como "el autor de *Juvenilia*".

II

Dentro de la variedad de facetas que observamos en Miguel Cané, deseo detenerme brevemente en su actividad diplomática, actividad que, por supuesto, se trasunta también en su producción literaria: sobre todo, en sus obras de viajes, en sus notas y crónicas. Y, en particular, porque esta faceta nos permite detenernos en la etapa colombiana de Miguel Cané, etapa que no casualmente se refleja en abundantes párrafos suyos. Abundancia que no creo se deba a una simple proporción determinada por el tiempo que Cané pasó en Colombia, y sí a la identificación del hombre con esta generosa tierra americana.

En una evocación incluída en su libro *Prosa ligera*, título que corresponde a una de sus obras postreras (el libro es de 1905, y Cané murió ese mismo año), el autor, antes de detenerse en trazar una semblanza del presidente venezolano Guzmán Blanco, enumera ordenadamente los distintos cargos diplomáticos que tuvo. Cita, así, estos países: Venezuela, en tiempos del general Guzmán Blanco; Colombia, en tiempos del Dr. Rafael Núñez; Alemania, bajo el emperador Guillermo I; Austria-Hungría, bajo el emperador Francisco José; Sajonia, con el rey Alberto I; España, con la reina regente María Cristina; Suecia, con el rey Óscar; Francia, con el presidente Fauré (1896), y Bélgica, con el rey Leopoldo II¹.

En su artículo, Miguel Cané da a entender que su intención no es la de detenerse en Venezuela, fuera del retrato, y sí evocar, en cambio, otras regiones y lugares. Lo concreto es que nuestro autor no alcanzó a cumplir con estos proyectos.

¹ Ver MIGUEL CANÉ, *Mi estreno diplomático* (en *Prosa ligera*, 1ª edición, Buenos Aires, 1903. Cf., edición de Buenos Aires, 1919, pág. 159).

De este modo, la semblanza del general Guzmán Blanco queda no sólo como un testimonio de su estreno en la diplomacia internacional, sino también como un relato que espeja la vanidad antológica de uno de los tantos tiranuelos americanos².

Asimismo, y con alguna decepción del lector, después de leer tan nutrida — y dispar — lista de personajes y países, Miguel Cané confiesa su desencanto por la vida que ha llevado. Nosotros pensamos que una actividad tan continuada indica, en apariencia, lo contrario, y que no le faltaron ocasiones para abandonarla. En fin, respetamos su confesión y, a manera de equilibrado beneficio, concluimos por declarar que, si no le dio, como él dice, muchas satisfacciones (y no hurgamos en el tema), nadie podrá negar que Miguel Cané extrajo de esta importante actividad múltiples resonancias, muchas de ellas positivas, tal como se trasunta en tantas páginas suyas. De más está decir que la animada semblanza de Guzmán Blanco no fue la única ganancia que le depararon sus años en el exterior ...

Por su parte, otro hombre importante del 80, Martín García Mérou, algunos años más joven que Cané, nos ha dejado ilustradores párrafos de su propia iniciación diplomática. Precisamente, con el auspicio y los buenos consejos de su entonces protector y ya amigo. Con el aditamento de que los dos tuvieron una pareja — o paralela — producción intelectual. De manera especial, García Mérou se refiere a las etapas de Venezuela y Colombia, puesto que son ellas las etapas compartidas y las que subrayan coincidencias y afinidades³.

² Como acotación, y para subrayar el contraste con Guzmán Blanco, puede servirnos el elogio de Miguel Antonio Caro a Rafael Núñez: "Nuestro Presidente el Dr. Núñez es uno de los hombres más extraordinarios que ha producido nuestra América [...]" (M. A. CARO, carta a Joaquín García Icazbalceta fechada en Bogotá el 17 de enero de 1886, en M. A. CARO, R. J. CUERVO y otros colombianos, *Epistolario* con Joaquín García Icazbalceta, Bogotá, 1980, pág. 152).

³ Cf. MARTÍN GARCÍA MÉROU, *Impresiones*; id., *Miguel Cané y sus contemporáneos* (Introducción a MIGUEL CANÉ, *Prosa ligera*, ed. citada, págs. 7-21).

A Miguel Cané también dedica Martín García Mérou dos capítulos en sus *Recuerdos literarios* (1ª edición, Buenos Aires, 1891), obra importante para conocer el movimiento literario argentino de las últimas décadas del siglo XIX. Tan importante, que difícilmente se concibe hoy un estudio sobre aquella época que

Una primera época en la vida de Miguel Cané es la que abarcamos a través de la doble faceta del político y del periodista. La labor periodística permanecerá a lo largo de toda su vida y es la que precisamente, aun recopilada en forma de libro, se descubre en la especial factura de muchos de sus artículos, críticas y ensayos.

Por su parte, la labor política va a dejar pronto su lugar a la actividad diplomática, si es que cabe establecer una separación tajante entre política y diplomacia.

El nombre de Colombia tiene particular significación en la existencia de Miguel Cané, ya que, fuera de los escasos meses de Venezuela, su verdadera iniciación diplomática correspondió realmente, en 1881, a su cargo de ministro plenipotenciario de la República Argentina en Colombia. Aquí estuvo hasta 1883, año en que debió representar a la Argentina en Europa, ante los gobiernos de Alemania y Austria-Hungría⁴.

III

Declaro que no insistiré hasta el cansancio en los datos que jalonan la trayectoria del diplomático, con el fondo que le dan sus misiones en América y Europa, a lo largo de tantos años. Además, no es necesario alejarnos mucho porque, después de todo, su gestión ante la República de Colombia (1881-1883) aparece tempranamente en su biografía. Y es la que, en rigor, nos interesa.

Por otra parte, y no como un reflejo casual, Miguel Cané dedicó a su etapa colombiana abundantes páginas, tal como lo muestra su libro *En viaje*, frecuentemente citado como uno

no cite algunos de sus datos. De los dos capítulos (mal numerados en el índice del libro) es necesario decir que García Mérou se ocupa en general de la obra de Cané (ver págs. 410-433) en el primero. En el segundo, de la situación especial que García Mérou concedía a Cané en las letras argentinas, y en comparación con otros hombres de su tiempo. Por último, es justo decir que todo este material fue aprovechado como prólogo en la 2ª edición de *Prosa ligera* (Buenos Aires, 1919).

⁴ Ver también, de ROBERTO J. PAYRÓ, nota necrológica publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, 6 de septiembre de 1905. Reproducida en MIGUEL CANÉ, *Discursos y conferencias*, ed. de Buenos Aires, 1919, págs. 11-13.

de los títulos sobresalientes de su no muy frondosa bibliografía. Al respecto, creo conveniente decir que la primera edición de esta obra es de 1883. La segunda, con supresiones, de 1903 (es, claro, la última, en vida del autor). Con posterioridad se han publicado otras ediciones, siguiendo la segunda, de 1903. Yo sigo la edición publicada por la Editorial Rosso S. A. (Buenos Aires, 1960).

Para empezar diré que, de los veintiún capítulos de la obra (y dentro de un variado itinerario que, entre otros nombres, abarca los de París, Londres, las Antillas francesas, Nueva York y el Niágara), trece capítulos corresponden a Colombia. Y como detalles realmente importantes diré que cuando Miguel Cané publica la segunda edición de su obra, le agrega un nuevo y breve prólogo con el título de *Dos palabras*. Destaco, asimismo, un epígrafe que, si por un lado refleja un momento triste en la historia del pueblo colombiano, por otro resume la conmovida identificación del escritor argentino con ese pueblo:

Al pueblo colombiano — dice —, en estos momentos de amargura, dedica la reedición de este libro, como homenaje de respeto y cariño

MIGUEL CANÉ

Diciembre de 1903⁵.

Como he dicho, Cané aligeró el texto en algunas partes e hizo breves agregados en forma de notas. En especial dentro de los sectores vinculados a América y para apuntar las diferencias que observa entre 1883 y 1903.

En rigor, los capítulos que se refieren a Colombia constituyen no sólo la parte más nutrida e importante de la obra, sino que son un libro en sí. De tal manera, Miguel Cané nos da aquí el material de dos libros. Uno, el esencial, centrado en su visión pormenorizada de Colombia, que — reitero — abarca una buena parte de *En viaje*. El otro corresponde al itinerario rápido de un viajero, donde no siempre la dimensión de una gran ciudad (París, Londres, Nueva York, etc.)

⁵ Cf., MIGUEL CANÉ, *En viaje*, ed. citada, pág. 27.

se corresponde con descripciones minuciosas, acordes con el relieve político, social, histórico, cultural . . . Por eso — insisto — los párrafos sobre Colombia se particularizan y terminan por establecer esta polaridad que procuro destacar.

Dentro, pues, de los nutridos capítulos dedicados a Colombia, subrayo los relativos al panorama histórico-geográfico (más geográfico que histórico) del país y, en especial, los que tienen que ver con sus impresiones sobre Bogotá, tanto en la parte física como en la parte social, y, por último, aquél en que desarrolla brevemente la vida intelectual de Colombia. No se trata de un cuadro ordenado, sistemático. Esto hubiera sido contradictorio con la típica manera de narrar de Cané. De ahí también repeticiones y altibajos. Pero lo que pierde en rigor, lo gana en animación y en el rápido acercamiento al lector.

Otra particularidad de la obra, sobre todo en este sector, lo vemos en sus frecuentes comparaciones con la realidad argentina, donde procura resaltar semejanzas y diferencias con un sentido ilustrativo más que de valoración rigurosa.

En la parte general, hace hincapié, por ejemplo, en la rudeza de la tierra y del clima, y en el problema de la capital del país, problema hasta entonces no resuelto, semejante al que pocos años antes había culminado en la Argentina. Con respecto a los partidos políticos, señala la diferencia entre conservadores y liberales, poniendo especial énfasis en el entonces reciente triunfo de las fuerzas liberales, en 1860 (ocasión que aprovecha, sin forzar límites, para exponer sus propias convicciones liberales).

Explicablemente, con clara adhesión se refiere Cané a la tradición de libertad del pueblo colombiano, a la defensa del gobierno civil y al odio a las dictaduras. Otro aspecto que subraya es el de la facilidad oratoria de los habitantes, sin establecer diferencias mayores entre las distintas clases sociales.

Al hablar de la ciudad de Bogotá, no oculta su extrañeza ante la fisonomía de la misma — su conformación le recuerda una típica ciudad española del siglo xvii — y también se sorprende ante su relativamente escasa población. Se detiene en consideraciones sobre la vida religiosa de la ciudad, en sus

iglesias y procesiones. Destaca, por una parte, el sentimiento religioso de los bogotanos y, al mismo tiempo, subraya los beneficios determinados por la separación de la iglesia y el estado. No es favorable su juicio acerca del estado sanitario de la ciudad y de diversas regiones del país, con enfermedades endémicas como la elefantiasis y la lepra.

En su visión de la sociedad colombiana — y particularmente de la de Bogotá — encarece su sentido de hospitalidad, pero observa también cierto escepticismo de carácter. No establece diferencias apreciables entre las clases sociales, elogia el valor del indio colombiano, y, entre las manifestaciones más típicamente locales de esa sociedad, se detiene brevemente en el tipo del *cachaco*, como producto bogotano, equivalente al “calavera”, ocioso y simpático, y ya en extinción. Igualmente, le llama la atención a Cané la abundancia de los duelos, como consecuencia de un aguzamiento de la susceptibilidad, que sólo se satisface con la reparación por las armas del honor ofendido ...

Con elegancia y no oculta gentileza, Cané dedica algunos párrafos a la mujer bogotana, a quien elogia tanto en su belleza física como en sus dotes espirituales. Repara asimismo en su habilidad musical y en el nutrido número de buenas ejecutantes que encuentra en la ciudad.

Llama la atención, sin embargo, que a pesar de este cuadro, con claro predominio positivo, Cané no encuentre la ciudad apropiada como residencia de los extranjeros.

Un entero capítulo (más allá de las diversas alusiones que ha anticipado) dedica el autor a darnos un bosquejo del desarrollo intelectual de Colombia. Allí, después de proclamar gentilmente a Colombia como la “tierra de la poesía”, se detiene en presentarnos un breve grupo de poetas destacados: Gregorio Gutiérrez González, Rafael Pombo, Diego Fallón. No sin especificar también que, si bien la facilidad es en ellos un don, no siempre compensa el defecto del repentismo. Sigue después con autores de mayor variedad genérica (Marroquín, Carrasquilla, Samper), para concluir con las semblanzas de Miguel Antonio Caro y Rufino J. Cuervo. Sin establecer una diferencia muy grande, me parece justo hacer

hincapié en la estimación que Cané siente por el poema de Diego Fallón *A la luna*, del cual transcribe varias estrofas.

Hay acomodación entre los temas que va tratando Cané y la mayor o menor seriedad de los párrafos, y se debe aceptar que su prosa suele caracterizarse por la rapidez y animación. Inserta, así, algunas anécdotas, de manera especial cuando se ocupa de los escritores colombianos. Recuerdo, sobre todo, algunas relacionadas con Gutiérrez González y con Rufino J. Cuervo, y las que descubren el seudónimo "Edda", creado por Rafael Pombo, donde Cané pone su énfasis en marcar el contraste entre la fama creciente de una misteriosa "autora" de poemas amorios y la fealdad irremediable de Rafael Pombo, el verdadero autor.

Lugar aparte, y nada menos que un entero capítulo, dedica Miguel Cané a su viaje y descripción del famoso Salto de Tequendama. Espacio acorde con el juicio que le merece, según declara, "la maravilla natural más estupenda que es posible encontrar en la corteza de la tierra [...]"⁶.

En fin, si no lo registraran tantos párrafos del libro, allí está el logrado resumen en que cierra los capítulos colombianos, para subrayar la adhesión y simpatía de Miguel Cané por aquella tierra. Sin duda alguna, la más cercana a él, después de la Argentina.

IV

Son de sobra conocidas las semblanzas que ha merecido la actividad literaria de Miguel Cané, semblanzas que suelen distinguirse tanto por la escasez de matices como por la reiteración en una serie de notas muy repetidas. Así, las caracterizaciones de *dilettante*, autor fragmentario, cronista elegante y cosmopolita⁷. Con la tajante división que separa, por

⁶ Id., págs. 167 y sigs.

⁷ Y otras: "enhebrador de impresiones", "diplomático-escritor", etc. Entre muchos juicios, puede servir el de Paul Groussac. Éste reparaba en la "gracia elegante" de Cané, para, de inmediato, decir que, como Lucio V. López, "se esterilizó a medio fructificar" (ver P. Groussac, *Nicolás Avellaneda*, en *Los que pasaban*, 2ª edición, Buenos Aires, 1939, pág. 278).

un lado, a *Juvenilia* y, por otro, a lo restante de su obra. También suele repararse en los títulos de la mayor parte de su producción, poco fecunda, aunque no todos pertenecen a Cané. Es evidente que nombres como *Prosa ligera*, *Charlas literarias*, *Notas e impresiones*, *En viaje*, *Discursos y conferencias*, mientras anticipan un perfil genérico y vago del contenido, pretenden también convencer de la modestia —real o aparente— con que el autor presenta sus libros (después —repito— los editores seguirán su línea).

Es cierto que en Miguel Cané parte de su obra aparece como una consecuencia o como ilustración de sus cargos y viajes. Pero esto, aparte de fijar una característica, no significa un mero valor subsidiario. Por otro lado, cierta urgencia 'periodística' suele dar el signo de muchas de sus páginas. Con todo, conviene reparar en sus dotes de auténtico ensayista y en los aciertos que, muchas veces al pasar de manera rápida, va desperdigando.

Miguel Cané ofrece también la ventaja de acumular en su obra, tanto la variedad de lugares a que lo llevan las misiones diplomáticas, como una suma de lecturas que pocos tuvieron en su generación. Y donde resaltan, sin pretender una lista detallada, los nombres de Shakespeare (con apreciable ventaja), Schiller, Goethe, Herder, Poe, Emerson, Renán y Wagner.

Además, y preciso mejor lo dicho en párrafos anteriores, tuvo un conocimiento de la realidad americana que a nosotros nos resulta hoy de gran utilidad para abarcar aquellos años de cambios en el continente. El conocimiento de Cané repercute, a su vez, en las frecuentes alusiones y comparaciones. De más está decir que uno de los polos corresponde, por lo común, a la Argentina.

Admito que muchas veces sus ideas se suceden con notable rapidez y que hasta dan una sensación de superficialidad. Aún así, y todo, pocos argentinos de su tiempo nos dan, como él, un repertorio tan nutrido de explicaciones sensatas, y hasta anticipadoras, sobre diversos temas. Evidentemente Miguel Cané no pertenece a ese tipo de escritor de elaboración mo-

rosa, que necesita machacar un pensamiento para sacarle sus últimos jugos y que goza con la exposición lenta, a menudo reiteradora, de la palabra ⁸.

Claro que yo no creo que el mérito de Cané sea, por esto, inferior. Por el contrario, ya en una época donde suele abusarse de la abundancia farragosa, su actitud es positiva y digna de imitarse. Basta con citar aquí algunos ejemplos felices (y — repito — anticipadores) que encontramos en su libro *En viaje* para atestiguar lo que digo.

En primer término, todos recordamos la singular tesis expuesta por Germán Arciniegas hacia 1940, sobre las “Dos Américas”: la del Atlántico y la del Pacífico. Partición longitudinal, de matices sociológicos, con el sesgo innovador para el este, y el más tradicional o conservador para el oeste ⁹. Pues bien, sin entrar aquí en detalles (y sin rebajar la estimación que siento por Germán Arciniegas, brillante ensayista), diré que ya *En viaje*, de Miguel Cané, nos ofrece una primera versión nítida de la teoría. La diferencia se establece entre la exposición escueta de Cané y la más pormenorizada (y con mayor perspectiva) que nos da Arciniegas. Copio un breve párrafo del autor argentino:

Los países americanos situados en el Atlántico han sentido más rápida e intensamente la acción de la Europa, fuente indudable de todo progreso, y han conseguido emanciparse más pronto de la rémora colonial [...] ¹⁰.

⁸ Guardando la distancia, recuerdo el juicio de un escritor rico en ideas como el italiano Antonio Gramsci, cuando en sus *Cartas desde la cárcel* y ante el apremio para que escribiera ensayos dantescos, se disculpaba de no hacerlo por no cumplir lo que — según él — eran los fundamentos de la obra crítica. Fundamentos que, con suma sencillez, resumía así: 1) decir algo nuevo; 2) con la mayor precisión; y 3) con el mínimo de palabras posibles (ver ANTONIO GRAMSCI, *Lettere dal carcere*, Turín, 1949, pág. 173). Y este otro juicio, más reciente, de Louis Pauwels:

“Si tuviera que dar dos consejos a un joven, el primero sería: sea como el jardinero que siempre tiene a manos las tijeras para podar. La jardinería es, ante todo, cortar, podar las plantas para que florezcan. Siempre hay palabras de más [...]” (L. PAUWELS, *Manifiesto en la noche*, trad. de A. Iglesias Etchegaray, Buenos Aires, 1980, pág. 71).

⁹ Cf., *Debates sobre temas sociológicos. Relaciones interamericanas* (en la revista *Sur*, de Buenos Aires, 1940, núm. 72, págs. 100-123).

¹⁰ Ver MIGUEL CANÉ, *En viaje*, ed. citada, pág. 35.

Otro ejemplo. Quizás resulte exagerado afirmar que el *Ariel* de José Enrique Rodó, obra de tanta repercusión entre los pueblos hispanoamericanos en el primer cuarto de nuestro siglo, está ya, en parte, prefigurada en párrafos de Cané. Y digo "exagerado" porque la obra del autor uruguayo se ve anticipada, antes de alcanzar su maciza textura, en una serie de líneas previsibles, donde entran tanto fuentes ideológicas y literarias europeas, como sucesos políticos y reacciones de autores hispanoamericanos anteriores. Entre estos últimos cabe mencionar a Rafael Pombo y José Martí (y hasta Darío). Y, claro, a Miguel Cané, que, a través de los párrafos que encontramos en su libro *En viaje*, se suma con claridad a la lista. Las reflexiones de Cané están determinadas por los lamentables episodios de Panamá (tal como los analiza en 1883, y los ratifica en una nota de 1903):

¿Qué significado actual, real, positivo, tiene hoy, pues, la famosa doctrina [Monroe]? Simplemente éste: la influencia norteamericana en vez de la influencia europea, el comercio americano en vez del europeo, la industria americana en vez de la de Europa [...].

Precisamente lo que debemos contestar hoy a los Estados Unidos franca y abiertamente, sea en la mesa de un Congreso Americano, sea por la discreta voz de las cancillerías, y eso no sólo nosotros, sino todos los países desde Panamá a Buenos Aires, es: — No debemos, no queremos, no nos conviene romper con la Europa en beneficio de una teoría sin sentido político en el momento actual; de la Europa nos vienen la vida intelectual y la vida material [...] ¹¹.

Creo también que Miguel Cané acierta al darnos el proceso político social de los pueblos hispanoamericanos durante el siglo XIX. Lo hace de manera esquemática, pero tal particularidad no desmerece su lograda visión. O, con sus palabras:

La absurda concepción de la libertad en los primeros tiempos originó la constitución de gobiernos débiles, sin medios legales para defenderse contra las explosiones de pueblos sin educación política, habituados a ver la autoridad bajo el prisma exclusivo del gendarme. Esa debilidad produjo la anarquía, hasta que la reacción contra ideas falsas y disolventes, ayudada por el cansancio de las eternas luchas

¹¹ Id., pág. 235.

intestinas, trajo por consecuencia inmediata los gobiernos fuertes, esto es, las dictaduras. Y así han vivido la mayor parte de los pueblos americanos, de la dictadura a la anarquía, de la agitación incesante al marasmo sombrío. Es hoy, tan sólo, cuando empieza a incrustarse en la conciencia popular la concepción exacta del gobierno [...] ¹².

Muchos otros aciertos de Cané podría mencionar. Para no cansar, me parece oportuno traer a colación reflexiones de nuestro autor, donde analiza con especial lucidez, junto con las transformaciones político-sociales de los países hispanoamericanos y su mejoría económica, junto con un mayor sosiego y menores luchas internas (¡ay! sólo “menores”), la transformación del hombre de letras, ya más desasido de las obligaciones políticas (sin que el predominio del “político puro” signifique un avance apreciable en nuestros países, en comparación con la época anterior) ¹³.

V

Concluyo. No he pretendido magnificar la obra literaria de Miguel Cané, ni sobrepasar el límite que impuse desde un comienzo al presente trabajo, que no es otro que el de mostrar el aprecio y simpatía que un escritor y diplomático argentino sintió por Colombia. Fruto de ese aprecio y de esa simpatía fueron los párrafos de Miguel Cané que he citado o resumido en las páginas precedentes.

No está de más recordar también que, en una época de visible aislamiento entre los pueblos hispanoamericanos (no sería justo decir que siempre hubo aislamiento), el libro de Cané queda como testimonio de singular valor. Aún más, fue para muchos argentinos la base única (o casi única) y un repertorio importante donde aprendieron muchas noticias sobre el país del Atlántico y del Pacífico. Y es posible que igual-

¹² Id., pág. 32.

¹³ Ver también, PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Corrientes literarias en la América Hispánica*, trad. de J. Díez Canedo, México, 1947, pág. 165. Henríquez Ureña parece seguir el pensamiento de Cané.

mente por su libro algunos hayan tenido el convencimiento de que Miguel Cané cumplió dignamente con la misión encomendada.

Como toda ocasión es propicia, me ha parecido que, sin la pretensión de elevar a Miguel Cané a un nivel literario que no le corresponde, éste era también momento propicio para cubrir algunas omisiones, reparar algunos colores borrosos y, en fin, para mostrar que la supervivencia de Miguel Cané puede también ayudarse con otras páginas, fuera de esas frescas evocaciones escolares que conocemos con el nombre de *Juvenilia*.

EMILIO CARILLA

San Miguel de Tucumán
Argentina.